

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

Todavía puedo

*Quedan muchas
cosas por vivir*



ESPASA

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

TODAVÍA PUEDO

Quedan muchas cosas por vivir


ESPASA

© José María Carrascal, 2018
© Espasa Libros, S. L. U., 2018

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Nines Mínguez

ISBN: 978-84-670-5102-5
Depósito legal: B. 27.582-2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Espasa Libros, S.L.U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

A modo de prólogo	9
Los genes	12
Dos decisiones fundamentales	22
Salud	33
Soledad	42
La vida	52
Sinceridad	58
Choque de civilizaciones y de generaciones	62
Lo que hay y no hay que hacer	77
Ejercicios físicos	81
Gimnasia mental	86
Jubilados	92
Vivir en subjuntivo	97
Nuestro tiempo	101
La nueva frontera: el cerebro	107
La inteligencia artificial	113
¿Vida artificial también?	119
La tercera vida: la fama	123
El <i>selfie</i> , espejo de nuestra época	131
Ordenadores	142
Posverdad	149
Violencia (agresión) de género (machista)	153
Izquierdas y derechas	160

El hecho diferencial	168
Corrupto es el otro	173
Nacionalismos	179
Cultura y civilización	186
El otoño europeo	193
Inmigración y asimilación	197
La protesta senil	204
Límites e infinito	209
Médicos y abogados	214
Viajes	220
Mayorías y minorías	227
El cambio climático	234
La última generación	241
La gran pregunta	246

LOS GENES

«La mejor herencia que puedes recibir de tus padres son unos buenos genes» es la penúltima sentencia médica, y digo penúltima por no haber última: siempre habrá otra que la sustituya. Afortunadamente la ciencia médica es una de las que más rápida y exitosamente avanzan —a lomos de la tecnología, de la investigación—, y la batalla que viene librando contra las enfermedades no ha dejado de cosechar éxitos desde que se aplicó en combatir los peligros que amenazaban a la humanidad desde dentro de su propio organismo, una vez resueltos, en la medida de lo posible, los problemas de la alimentación, el clima y la amenaza de la naturaleza, animales o congéneres.

La medicina estuvo en un principio unida a la magia, de ahí que el hechicero, que con sus liturgias y ungüentos se encargaba de expulsar los «malos espíritus» (las enfermedades) que se habían apoderado del cuerpo del enfermo, fuese el primer médico tribal. Acertando, nos suponemos, menos veces que errando, pero, como en tantas cosas en aquellos tiempos, no había alternativa. Los egipcios, tal vez porque su religión rendía un culto especial a los muertos —que para ellos no lo estaban del todo—, fueron los primeros que empezaron a usar técnicas modernas, como el embalsamamiento, sobre todo para la conservación de los cuerpos, o la trepana-

ción, para la cura de enfermedades «misteriosas», aunque todo indica que la usaban tan pródigamente que puede que causaran más muertes que curaciones, como ocurriría milenios más tarde con las sangrías, un curacasitodo, que era más bien un curacasinada.

Dejando aparte la medicina oriental, que sigue practicándose y de la que no sé nada —pero como he oído tanto bueno como malo sobre ella me abstengo de opinar al respecto—, habría que saltar a los griegos, padres de la medicina clásica, que ya consideraban a la enfermedad como un desequilibrio del organismo que convenía restaurar con remedios naturales, lo que les hace también padres de la farmacopea (me pregunto si con estos enfoques tendría algo que ver la democracia, que por primera vez experimentaban). Pero temo ir demasiado lejos, así que lo dejo ahí. En cualquier caso, Hipócrates fue durante siglos la máxima autoridad del ramo, seguido de Galeno, médico del emperador Marco Aurelio, cuyas recetas los «galenos» árabes (Avicena, Averroes) se encargaron de expandir por Europa durante la Edad Media. También los judíos se especializaron en esa profesión, lo que les permitió salir de los guetos y entrar en los círculos de nobles y reyes. Ya en el Renacimiento, hay otros profesionales que contribuyeron al desarrollo de la medicina: los artistas, que se dejaron de pintar o esculpir santos, vírgenes o angelitos, y comenzaron a presentar cuerpos desnudos, para lo que necesitaban conocerlos en todos sus detalles. Así Miguel Ángel, que hizo del desnudo un valor en sí mismo (se cuenta que su estudioapestaba por los cadáveres que almacenaba para poder captar los detalles de los cuerpos en sus lienzos) o Rembrandt, que oficializa la medicina en su cuadro *Lección de anatomía*.

Ello produjo avances importantes en el conocimiento de cómo funciona el organismo humano, como la circulación de la sangre, pero sus causas últimas quedaban tan lejos como las lunas de Júpiter descubiertas por Galileo con su rudimentario telescopio. El hecho de que la cirugía quedase en manos

de los barberos para las sangrías —por ser los que mejor manejaban la navaja— lo dice todo.

Habría que pasar de la teoría a la práctica, tendrán que incrementarse los estudios de biología, tendrá que llegar el microscopio que descubriese la importancia de los microbios en las enfermedades y desarrollarse las primeras vacunas contra ellos para que la medicina moderna empiece realmente. Y aquí tenemos que hacer un alto para retomar lo que anunciábamos al comienzo: la importancia de la herencia genética.

Fue un fraile agustino austriaco, Gregor Mendel, quien, cruzando diversos tipos de guisantes en el jardín de su monasterio, en Brünn, hoy República Checa, descubrió las leyes sobre la transmisión de la herencia genética que se cumplen en todo ser vivo, sea animal o planta. Mendel, que llegaría a prior de su convento, presentó el resultado de sus trabajos ante la Sociedad de Historia Natural de aquella ciudad en 1865, que serían publicados al año siguiente. Pero fueron totalmente ignorados por el mundo científico, hasta el punto de que Darwin los desconocía. Tuvo que llegar el siglo XX para que Hugo de Vries, Carl Correns y Henrich von Tschermak lo redescubriesen por separado. Entonces, sí, entonces causaron sensación y se multiplicaron los estudios, siendo el biólogo danés Wilhelm Ludvig Johannsen quien, en 1909, pusiera el nombre de «genes» a los protagonistas de la continuación de la vida en la Tierra. Aunque tal vez el título corresponda a los cromosomas, que almacenan el material genético en el núcleo de las células en los organismos de reproducción sexual. El número de cromosomas es el mismo en todos los individuos de una especie, yendo por pares, la mitad proveniente de la madre (óvulo) y la otra mitad del padre (espermatozoide). En el género humano los cromosomas son 46 (23 más 23), adoptando una figura de X, con brazos más o menos largos. La creación de un nuevo individuo de la especie se produce por la mitosis, o división de dichas células.

Estábamos ante las mismas puertas de la vida, ya que en los genes está, como en los planos de un edificio por hacer, hasta el último detalle del individuo: desde el color de los ojos hasta la talla, pasando por su fuerza física y su capacidad mental, junto a su predisposición hacia ciertas enfermedades. Una ficha médica completa incluso antes de haber venido al mundo, que le ayudaría muchísimo a cuidar su salud corporal y mental. De ahí que el «proyecto genoma humano», hacer el mapa de los genes, se convirtiera en uno de los desafíos científicos más importantes para los biólogos de todo el mundo. Piensen que, teóricamente, se especulaba con cambiar los genes «defectuosos» por otros sanos para curar enfermedades o predisposiciones hacia ellas, como se lleva el coche al taller para cambiar sus piezas gastadas, lo que rozaba la ciencia ficción.

El avance, sin embargo, chocaba de entrada con un muro infranqueable: el interior de los cromosomas se presentaba como un mundo tan compacto como confuso que los microscopios ópticos eran incapaces de visualizar. Se sabía de dónde procedían sus materiales y que la duplicación se había realizado, pero no se sabía cómo, cuándo ni en qué orden se habían dispuesto. Hubo que esperar a que los microscopios electrónicos nos desvelasen el misterio. Pero cuando lo despejaron el desafío resultó tanto o más grande que el anterior: el tamaño total del genoma contenido en cada célula humana, o ADN —que viene a ser nuestro DNI genético—, es de 3.200 millones de pares de secuencias, que contienen codificada toda la información necesaria para el conjunto de proteínas que hacen funcionar nuestro organismo. Un 70 % del mismo es material extragenético y el 30 % restante está relacionado con los genes, aunque estos han resultado ser muchos menos de los que se había creído: entre 20.000 y 25.000, una insignificancia comparado con el número total, pero aun así una cantidad considerable, sobre todo si se piensa que hay que descubrir la función de cada uno. Además, pronto se descubrió que

ese material extra no era tan ocioso al desarrollo y actividad de la célula, sino que cumplía funciones tan difíciles de desentrañar como las de los genes propiamente dichos. Resultado: que se está todavía en ello, pudiéndose decir que nos hallamos en los inicios de la exploración de un continente tan vasto como importante para el género humano.

Precisamente este tórrido verano de 2017 nos ha traído, entre un montón de noticias amenazadoras, una que brilla como Venus en el cielo limpio de la madrugada: un equipo científico internacional, con importante participación española, ha logrado corregir en laboratorio el gen dañado responsable de la cardiopatía que ocasiona la *muerte súbita*, suprimiéndolo —mediante una encima que hace el efecto de tijera— y volviéndolo sano. Las posibilidades que ello abre son inmensas, sobre todo para las llamadas «enfermedades genéticas», como el síndrome de Down, que hasta ahora era imposible curar ni prevenir. Pero son los mismos descubridores quienes advierten contra la euforia. En primer lugar, estamos en los comienzos de un proceso, aún en laboratorio, no probado en organismos humanos. En segundo lugar, existen más de 10.000 enfermedades genéticas, y no sabemos aún si esta técnica funcionará en todas ellas, por lo que será necesaria una enorme cantidad de investigación —y dinero— para averiguarlo. Por último, está la barrera ética: ¿quién va a beneficiarse de estos tratamientos? ¿Todos los amenazados por estas enfermedades o solo quienes tengan posibilidades de financiárselos? Eso por no hablar de su uso para «potenciar» determinados genes tanto física como intelectualmente, creando «bebés a la carta», superhombres y supermujeres. Conviene también advertir que en muchos países, el nuestro entre ellos, está prohibida la manipulación genética, de ahí que la dirección de este experimento se encuentre en Estados Unidos. Habrá por tanto que cambiar la legislación si queremos seguir adelante, lo que sin duda se hará pues los beneficios sobrepasan con mucho los riesgos.

Si me he detenido, con la inexperiencia de un lego, en explicar los rudimentos de la genética es para hacer hincapié en algo que va a ser algo así como el *leit motiv* de este libro: no hay nada simple en la naturaleza. Conocemos tan solo su superficie y vislumbramos algo de su interior. Pero sus profundidades, las últimas leyes que la rigen, las causas de los fenómenos que se producen dentro y fuera de nosotros —por no hablar de los fines de los mismos—, sigue siendo un misterio, que cubrimos con teorías renovadas en cada generación. Quiero decir que si bien es muy posible que la mejor herencia que podamos recibir de nuestros padres son unos buenos genes, existen muchos factores que rigen nuestra vida y controlan nuestra suerte o desgracia en ella. La mejor prueba son los hermanos, que compartiendo más material genético que ningún otro ser, suelen diferir, incluso sustancialmente, entre ellos.

Cuanto se haga en la investigación genética será poco por los beneficios que pueda traer a la humanidad. Si el primer mandamiento de la medicina es «prevenir mejor que curar», no hay la menor duda de que la terapéutica genética —reparar o sustituir los genes defectuosos— va a ser una de las ramas con futuro de la misma, y ya se han dado pasos importantes en ella.

Pero tampoco nos dejemos deslumbrar por el último descubrimiento, ni engañar por la apariencias: cada paso adelante que damos nos trae, con provechosas novedades, nuevas incógnitas e incluso nuevos riesgos. El mejor ejemplo de ello lo tenemos con los antibióticos, el arma más importante contra las enfermedades infecciosas descubierta en el siglo XX. Pero que el uso abusivo que se ha hecho de ellos ha creado gérmenes resistentes en algunas enfermedades, cada vez más difíciles de combatir, e incluso el retorno de otras que creíamos erradicadas. Hablaremos de ello en el lugar que corresponda. Otro ejemplo es el cáncer, del que hablaremos más adelante con detalle, una de las enfermedades más antiguas y, todavía, una

de las más mortíferas. Que, en su esencia —la proliferación desenfrenada de un tipo de células, que pueden ser cualquiera de las muchas que tiene el organismo, que acapara los elementos necesarios para que continúen viviendo las demás—, advierte que tiene mucho que ver con la reproducción, o sea, con el mal funcionamiento de los genes. Pero, pese a los muchos avances realizados en su estudio, aún no se ha encontrado la forma de frenar esa proliferación incontrolada, por lo que hay que echar mano de medidas drásticas, como la quimioterapia o las radiaciones, que buscan eliminarlas, algo que también afecta al resto de las células del organismo. Eso, en sentido estricto, no es una cura, como tampoco lo es su extirpación mediante la cirugía, con todas sus consecuencias, no siempre positivas.

Uno de los problemas más profundos y delicados que plantea la genética es ¿qué ocurriría si solo los ricos tuvieran acceso a los avances que se hacen en ella, es decir, si solo ellos pudieran eliminar sus genes dañados o incluso sustituirlos por otros de mucha mejor calidad? No crean que me he inventado la pregunta o es idea de un novelista o chiflado. La plantea Siddhartha Mukherjee, reconocido oncólogo y ganador del premio Pulitzer 2011 por su libro sobre el cáncer, publicó en 2016 *El gen: una historia personal*, donde considera ese riesgo «enorme», al poderse crear, por manipulación genética, «una clase social superior» no solo por su capacidad económica, sino también por su primacía física e intelectual. De todas formas, no es pesimista sobre el uso de estas técnicas, que sin duda lograrán curar importantes enfermedades, como la esquizofrenia y el desorden bipolar, siempre que se regulen debidamente y no las tomemos como simple cirugía estética. La ética tiene que estar siempre presente en este campo.

Quiero acabar esta especie de prefacio a la perspectiva de una vida ya en su último trecho —sin llegar a lo de Cervantes en el prólogo de su *Persiles y Segismunda*, «ya con un pie en el estribo»—, escrito al margen de la euforia y el pesimismo, sin

tratar de convencer de nada a nadie, solo para compartir vivencias con los semejantes que estén interesados en ellas, partiendo del principio de que el organismo humano es la máquina más desarrollada que ha producido la naturaleza. Adviertan que digo *desarrollada*, no *perfecta*. Perfecto, que yo sepa, no hay nada ni nadie en este mundo. Pero si algo se le aproxima es ese cuerpo de hombre o mujer que ha permitido a la especie humana, tras bastantes intentos fallidos y a través de millones de años, convertirse en «rey de la creación», como acostumbra a llamársele. Si tiene que ver con ello el «soplo divino» que le atribuyen algunas religiones, no lo sé, ni tampoco me importa mucho, dado que hace tiempo dejé de romperme la cabeza tratando de descubrir de dónde venimos y adónde vamos. Pero de lo que estoy seguro es de que ningún robot se aproxima a las funciones que desarrolla simultáneamente nuestro organismo, como andar, ver, oír, hablar, pensar, imaginar, sacar fotografías, enviarlas, recibir mensajes, aparte de todo cuanto nuestros órganos internos practican sin que les demos órdenes: respirar, digerir, memorizar y tantas otras funciones automáticas. Y, encima, ser capaz de repararse a sí mismo si el desperfecto que sufre no es grave. Díganme qué móvil, qué computadora, qué cerebro electrónico es capaz de ello. Es posible que alguno de ellos, especialmente preparado, consiga ganar una partida al campeón mundial de ajedrez. Pero pídanle que cuide a un niño, componga una poesía, se enamore o sea capaz de matar por odio, actividades que a diario hacemos los humanos, y verán lo que obtienen.

Esa máquina «casi perfecta» es nuestro cuerpo. Ese es el mejor regalo que hemos recibido. De nuestros padres, desde luego. Tiene solo un defecto: lo limitado de su vida. A diferencia del móvil o la computadora, que pueden seguir funcionando indefinidamente —en su estado inicial, desde luego—, nuestro organismo tiene fecha de caducidad: la muerte. Los humanos hemos tratado por todos los medios de esquivarla o, por lo menos retrasarla, siendo la medicina el medio más usual

para ello, mientras la religión nos ofrece «otra vida», mucho más perfecta y feliz que esta, siempre que hayamos cumplido sus reglas. Pero con el avance de la razón y el retroceso de la religión —que tendría su epitafio con el «Dios ha muerto» de Nietzsche—, el hombre se ha resistido de todas las formas posibles a esa sentencia y busca cualquier forma de escapar a ella, incluidas las más extravagantes, como hacerse hibernar hasta que se descubra el remedio al mal que se padecía. En su libro, *La imagen de tu vida*, Javier Gomá aborda el tema de la «humana perduración» como una de las grandes y crecientes preocupaciones de nuestra especie, advirtiéndole que «el vivir humano es siempre un vivir en peligro, bajo la amenaza de extinción» y señalando que la imagen que dejamos a la posteridad es una forma de vencer a la muerte, de sobrevivir a ella. Lo advirtió ya Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*, que han hecho inmortales a los dos.

La fama se convierte así, a principios de la Edad Moderna, en un sucedáneo de la inmortalidad. Pero como todos los sucedáneos, su deterioro es rápido y, a estas alturas, visto que ser un gran estadista, un científico ilustre, un artista que deja huella, solo pueden conseguirlo los realmente elegidos, la gente se contenta con ser famosa no ya en la posteridad, sino en el cuarto de hora que Woody Allen cree que debe tener cualquier mortal dentro de sus derechos humanos. La televisión lo ha extendido a cuantos aparecen en ella, aunque solo sea por unos segundos, como hacen cuantos se ponen detrás de un reportero de calle que envía su reportaje. Y las redes sociales, no digamos: lo facilitan hasta extremos que pueden ser nauseabundos, como el de esos mastuerzos que graban con su móvil la patada que dan a personas desconocidas, haciéndolas caer, o la paliza que pegan a otros, no ya por pegar, sino para grabarla en el móvil y colgarla en la red. Una muestra más de que la tecnología puede hacernos retroceder tanto como avanzar.

Pero que el ansia de perdurar —¿o se trata solo de ser algo más que el individuo que somos?— desquicia al hombre

moderno es una de sus constantes vitales, no importa su situación económica o social. No lo comprendí hasta que, en una sobremesa en la que celebrábamos la jubilación de un profesor norteamericano de universidad, que en su ramo había logrado cierto éxito, alguien le preguntó qué le faltaba, pues parecía haberlo alcanzado todo, tanto familiar como profesionalmente. Él, tras meditar más de lo normal, reconoció en voz más bien baja:

—*Recognition.*

El silencio que siguió constataba que habría sido mejor que la pregunta no hubiera sido formulada.

Como se trata de un tema que tiene mucho que ver con el último periodo de la vida, volveremos sobre él a la hora, no siempre gozosa, de hacer balance. Y ahora sí que nos metemos en lo prometido: cómo ser viejo sin desesperarse.

Discutíamos un grupo de amigos sobre cuál era el invento más provechoso para la humanidad. De ser alumnos de hoy, seguro que la opinión unánime hubiese sido «¡Internet!». Pero como éramos alumnos del bachillerato 1940-1947, las opiniones andaban divididas en ciencias y letras. «Pasteur, sin duda —dijo un matrícula de honor, con la seguridad con que estos hablaban—, que inauguró la medicina moderna con sus estudios sobre microorganismos patógenos». «Yo me inclinaría más bien por Gutenberg —advirtió otro matrícula—, al ser la imprenta la que dio paso al mundo moderno». Yo, de acuerdo con ambos, pensaba en Edison, cuya película, protagonizada por Spencer Tracy, acababa de ver. Eso de que con apretar un conmutador se hiciera la luz en un cuarto oscuro me parecía tan milagroso como cuando Dios decidió iluminar el universo. Pero no dije nada, naturalmente.